

dencia de los otros á retroceder á un pasado funesto, y al presente, suma dificultad no para prosperar, sino para existir: he aquí lo que no hay que perder de vista si se quiere ser justo con los gobernantes improvisados, sometidos á una situación que no habían creado.

Por fortuna, entre las dificultades de los primeros momentos, ninguna provino del antiguo Gobierno ni su partido. La caída de Luis Felipe fué, sino más completa, más rápida que la de Carlos X. Para salir más pronto de Francia, la familia real se dispersó: Luis Felipe y la reina se embarcaron el dos de Marzo en el Havre, con rumbo á Newhaven; la mayor parte de la familia real se reunió en el castillo de Claremont, á unos kilómetros de Londres, y la duquesa de Orleans, con sus dos hijos, se retiró á Alemania.

Las dificultades habían de surgir del seno mismo del gobierno provisional, por la división entre los dos grupos que lo componían: los representantes de *El Nacional* y los de *La Reforma*. Los primeros, republicanos parlamentarios, entendían limitarse á una revolución política, y deseaban convocar lo más pronto posible una asamblea que organizase la república democrática con la bandera tricolor. Los segundos, partidarios de la república democrática y social, que simbolizaba la bandera roja, no veían en la revolución política más que un medio de llegar á una revolución social, y procuraban, para tener tiempo de hacer sus reformas, retardar la convocación del pueblo. Cada partido adoptaba las medidas más convenientes á su política, que era, para el de *La Reforma*, satisfacer á los obreros de París; para el de *El Nacional*, tranquilizar al resto de Francia.

Las primeras medidas del nuevo Gobierno fueron disolver la Cámara de los diputados, prohibir á la de los pares reunirse, abolir los títulos de nobleza, decretar la libertad de la prensa con la supresión del timbre, la libertad de reunión para fines políticos y el derecho á todos los ciudadanos de ingresar en la guardia nacional. Estas disposiciones variaron radicalmente las condiciones de la vida política en París, donde se fundaron al punto más de un centenar de periódicos baratos, callejeros, que crearon entre los obreros una opinión favorable á los socialistas; abriéronse en casi todos los cuarteles sociedades, adonde iban los obreros por las tardes á oír las discusiones políticas, apareciendo como jefes de una de las más activas, la de «Los Derechos del Hombre», Sobrier y Blanqui, salidos de la cárcel; miles de obreros, en fin, entraron en masa en la guardia nacional, en términos que la cifra de ésta, que en primeros de Febrero era de cincuenta y seis mil setecientos noventa y uno individuos, subió el diez y ocho de Marzo á ciento noventa mil. De esta suerte, por los periódicos populares, por las sociedades y por la Guardia nacional, se organizó en días una fuerza imponente, bastante para dominar á París.

En los departamentos la revolución causó asombro, mas no provocó resistencias. Ninguna ciudad protestó de la proclamación de la República, y los oficiales más conocidos del ejército, como Bugeaud y Changarnier, enviaron al Gobierno su adhesión. No quiere esto decir que el nombre de República, inseparable en las imaginaciones del terror,

no asustase, mayormente á los burgueses y funcionarios; pero el Gobierno tuvo la feliz idea de abolir la pena de muerte por delitos políticos, con lo que devolvió la tranquilidad á todas las clases.

Los ministros siguieron en el Hotel de Ville en sesión permanente, descansando á ratos, alternativamente. El veinticinco de Febrero por la mañana, penetró en el salón del consejo un bando armado, uno de cuyos individuos, dando un culatazo en el suelo, puso en la mesa una instancia, y dijo: «Ciudadanos: ¡la organización del trabajo! ¡el derecho al trabajo en una hora! Tal es la voluntad del pueblo, espera». Con el asentimiento de sus compañeros, Luis Blanc redactó inmediatamente este decreto, conforme á su propia doctrina: «El Gobierno de la República francesa se compromete á garantizar la existencia del obrero por el trabajo; se compromete á garantizar trabajo á los obreros; reconoce á los obreros el derecho á asociarse entre sí para gozar del beneficio legítimo de su trabajo; restituye á los obreros, á quienes pertenece, el millón de la lista civil que ha quedado vacante». Como consecuencia de estos postulados, al día siguiente se decretó el establecimiento de *talleres nacionales*.

Apenas se había tomado el anterior acuerdo, nuevas turbas armadas, agitando una bandera roja, penetraron en el *Hotel de Ville*, disparando tiros y gritando: «¡La bandera roja! ¡La bandera roja!» Lamartine se abrió paso hasta la escalera, de lo alto de la cual conjuró al pueblo á no imponer á su gobierno un estandarte de guerra civil: «El gobierno, exclamó, morirá antes que deshonrarse obedeciéndooos.... rechazaré hasta la muerte esa bandera de sangre.... la bandera roja nunca ha dado la vuelta más que al Campo de Marte, arrastrada en la sangre del pueblo del noventa y uno; la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con el nombre, la gloria y la libertad de la patria». La alta talla del orador, su noble y hermoso rostro, su voz grave y sonora, la serenidad de su actitud en lo más fuerte de la tempestad popular, contribuyeron, tanto como su elocuente palabra, á impresionar la imaginación de aquellas turbas apasionadas, que rompieron en aclamaciones y retiraron la bandera roja.

El veintiocho de Febrero, otra gran manifestación de obreros llegó al *Hotel de Ville* con banderas, llevando por divisa *Organización del trabajo*, título de la obra que había fundado la fama de Luis Blanc, y reclamando la creación inmediata de un ministerio del Progreso. Luis Blanc sostuvo la petición; sus compañeros la rechazaron. Vacilando en servirse de la fuerza que le daba en este instante la multitud de sus partidarios, aceptó una transacción, el decreto de veintiocho de Febrero, por el que se reconocen en principio las reivindicaciones de los obreros en las palabras: «Considerando que la revolución hecha por el pueblo debe ser hecha para él, que ya es hora de poner fin á los largos é inícuos sufrimientos de los trabajadores, que la cuestión del trabajo es de suma importancia, no habiendo otra más alta ni más digna de las preocupaciones de un gobierno republica-

no.....»; pero, en la práctica, en vez del ministerio pedido, sólo se creó una *Comisión de gobierno para los trabajadores*, que se instaló en el Luxemburgo y de la que fué nombrado presidente Luis Blanc, el cual, teniendo que alejarse del *Hotel de Ville*, fué perdiendo el poder que tenía en el gobierno.

Se ocupó, al fin, el gobierno en la cuestión capital, la convocatoria de la Asamblea soberana, que había de organizar el nuevo Estado. Sin discusión, se admitió el sufragio universal, que, de súbito, transfirió el poder político de un cuerpo de doscientos cincuenta mil privilegiados á una masa de nueve millones trescientos noventa mil electores, concediéndose el derecho de elegir á todos los ciudadanos mayores de veintidós años y el de ser elegido á los mayores de veinticinco. El decreto de cuatro de Marzo fijó el número de representantes en novecientos, elegidos por departamentos y mayoría relativa; la elección, el nueve de Abril; la reunión de la asamblea, el veinte, contra los deseos del partido socialista. Por último, se asignó á los representantes veinticinco francos diarios, por vía de indemnización, lo que disgustó á los obreros.

Habiendo provisto á las primeras necesidades de lo interior, deliberó el Gobierno acerca de la actitud que le convenía adoptar con el extranjero, decidiéndose por emplear un lenguaje pacífico, mas no sin afirmar su intención de hacer respetar los derechos de Francia y su simpatía por la causa de los pueblos. En estos sentimientos informó Lamartine su manifiesto de cinco de Marzo, declarando que «la proclamación de la República francesa no era un acto de agresión contra ninguna forma de Gobierno en el mundo». «La guerra, seguía diciendo, no es el principio de la República francesa; la aceptará, mas no la promoverá.» Reprobaba los tratados de mil ochocientos quince, los cuales, decía, «no existen ya de derecho» á los ojos del nuevo Gobierno. Reconocía, sin embargo, que «las circunscripciones territoriales de estos tratados eran un hecho que admitía como base y punto de partida de sus relaciones con las naciones». Mas no ocultaba Lamartine que «si la hora de la reconstitución de algunas nacionalidades oprimidas en Europa, ó en otra parte, les parecía haber sonado en los designios de la Providencia», si Suiza ó Italia eran amenazadas, embarazadas en sus transformaciones interiores por alguna intervención hostil, «la República francesa se creería con derecho á armarse para proteger estos movimientos legítimos». Concluía con esta profesión de fe algún tanto amenazadora para los tronos: «La República francesa está decidida á no velar nunca su principio democrático en lo exterior; no dejará á nadie poner su mano entre la irradiación pacífica de la libertad y la mirada de los pueblos; se proclama aliada intelectual y cordial de todos los derechos, de todos los progresos, de todos los desarrollos de instituciones de las naciones que quieran vivir del mismo principio que el suyo; no hará propaganda sorda é incendiaria entre sus vecinos; pero ejercerá, por la luz de las ideas, por el ejemplo de orden y de paz que espera dar al mundo, el único proselitismo y honrado, el pro-

selitismo de la estima y de la simpatía. Esto no es la guerra; es la luz natural. No es esto incendiar el mundo, es brillar desde su puesto sobre el horizonte de los pueblos, para precederles y guiarles juntamente.» Esta declaración era mucho menos tranquilizadora para las potencias de lo que Lamartine pensaba. Si Inglaterra, contenta con haber visto caer á Luis Felipe, reconoció sin dificultad al nuevo Gobierno, las otras potencias monárquicas le manifestaron una desconfianza muy natural. La revolución, que como reguero de pólvora se propagó por toda Europa, no les dió tiempo de concertarse para suscitarle dificultades.

Las medidas adoptadas por el Gobierno no bastaron á calmar la agitación en París y en las provincias. La animación no volvía á los talleres; se vivía en la calle; todo se volvía procesiones, reuniones y discursos al aire libre. El pánico empezaba á cundir entre las clases acomodadas, que, en previsión de próximos trastornos, reprimían los gastos y despedían á los trabajadores. En los talleres nacionales se tropezaba con grandes dificultades para ocupar á los obreros, por no haber trabajos preparados al efecto. En el Luxemburgo, socialistas y economistas, patronos y obreros pasaban el tiempo en vanas conferencias. Los clubs se multiplicaban, creándose no pocos conservadores, disfrazados con el título de republicanos. El general concurso que en un principio se prestara al Gobierno, iba cesando. Los periódicos empezaban á combatirlo. Fuerza es confesar que no faltaba motivo para ello. El doce de Marzo, el ministro de lo Interior, Ledru-Rollin, dirigió una circular á los comisarios con que había sustituido á los prefectos y subprefectos, invitiéndoles «de poderes ilimitados y revolucionarios» y recomendándoles «excitar vivamente los sentimientos republicanos». El efecto de este escrito fué desastroso. Todo el mundo creyó ver resucitados á los procónsules del Terror. No fué imprudencia menor la de insertar, el mismo día doce de Marzo, en el *Boletín de la República* que publicaba el ministerio de lo Interior, una alocución á los ciudadanos pidiendo el aplazamiento de las elecciones, por necesitar el pueblo de un año cuando menos para desprenderse de la influencia de los aristócratas. Este documento soliviantó á los clubs; una manifestación imprudente acabó de enardecerlos.

Se estaba reorganizando en estos instantes la guardia nacional, y con el fin de reducirla á un tipo uniforme, se suprimieron las compañías de preferencia, saltadores y granaderos, distribuyéndose á sus individuos entre todas las compañías. Disgustáronse éstos, y excitados por los periódicos conservadores, en número de treinta mil se dirigieron el diez y seis de Marzo al *Hotel de Ville*, á pedir que se les permitiese guardar su uniforme. Esta manifestación, llamada de las *gorras de pelo*, por ser esta prenda parte del uniforme, provocó al día siguiente la de los obreros, los cuales se reunieron en el Campo de Marte á las diez de la mañana, y en número de ciento cincuenta mil se pusieron en marcha bajo la dirección de los clubs hacia el *Hotel de Ville*, donde sus jefes entregaron al gobierno

una instancia pidiendo el aplazamiento indefinido de las elecciones, para dar á los socialistas tiempo de convertir al pueblo. El gobierno se mantuvo algún tanto enérgico, aplazando las elecciones no más que hasta el veintitrés de Abril.

Si la situación política era azarosa, la económica era terrible. No obstante el aumento de los ingresos en cuarenta millones anuales desde mil ochocientos cuarenta, no obstante el empréstito de cuatrocientos cincuenta millones contraído en mil ochocientos cuarenta y uno, los presupuestos se saldaron siempre con déficit bajo el reinado de Luis Felipe, ascendiendo el del presupuesto de mil ochocientos cuarenta y ocho, último de la monarquía, á doscientos cuarenta y cinco millones. En siete años, la deuda consolidada había aumentado en ochocientos millones, y la flotante importaba mil ciento treinta millones. Frente á estos enormes créditos exigibles, no habría en caja, cuando se pagase el semestre de la renta, más que unos sesenta millones, y no se sabía de dónde sacar recursos. Para inspirar confianza, el ministro de Hacienda, Goudchaux, obtuvo de sus compañeros que se anticipase el pago de la renta, y luego dimitió, cargando con la terrible herencia Garnier-Pages, que dejó la alcaldía á Marrast. Optimista tanto como su antecesor era pesimista, el nuevo ministro se consagró en alma y vida á salvar el crédito público. Creó las cajas de descuento y los almacenes generales, para los comerciantes y fabricantes que, con sus carteras repletas de valores, excelentes la víspera, y sus almacenes atestados de mercancías, veíanse obligados á declararse en quiebra; propuso y obtuvo del gobierno que declarase de curso forzoso los billetes del Banco; obtuvo, asimismo, que se aumentasen en cuarenta y cinco céntimos por ciento las cuatro contribuciones directas; fundió los bancos departamentales con el de Francia, transformándolos en sucursales de éste; gravó con el impuesto del uno por ciento los créditos hipotecarios; abolió el impuesto de la sal, y sustituyó el impopular derecho de circulación y menudeo por un derecho general de consumo. Con estas medidas, algunas de las cuales han pasado á ser instituciones permanentes, Garnier-Pages salvó de la ruina la fortuna privada y la pública, á los industriales y comerciantes, al Banco y al público erario.

Con el ministro de Hacienda rivalizaba en celo y actividad el de Instrucción pública y Cultos, Carnot, que, auxiliado por sus dos amigos Juan Reynaud y Eduardo Charton, acometió la reforma de la enseñanza con planes fijos y extensos y de conformidad con la tradición del año tercero. Aplicó á la instrucción primaria los caracteres esenciales de gratuita y obligatoria, fundándose en que el padre de familia tiene el deber de dar á su hijo el alimento del espíritu al par que el del cuerpo. Entendiendo que la enseñanza secundaria debe ser accesible á los talentos que nazcan en las clases pobres, creó al efecto un amplio sistema de exámenes, á partir de la escuela primaria, y bolsas ganadas por concurso. En punto á la enseñanza superior, la enriqueció con una escuela que diese á Francia administradores y diplomáticos, y como la penuria del Tesoro no le consintiera

instituir desde luego el nuevo centro con la independencia y la amplitud que lo concebía, lo incorporó al Colegio de Francia, cuya organización modificó. Introdujo en la enseñanza histórica de los colegios y liceos la historia contemporánea desde mil ochocientos setenta y nueve, y tanto en vista del desarrollo físico como para reducir en su día la duración del servicio militar, dotó á estos establecimientos del manejo de las armas y de ejercicios militares, que pensaba llevar también á las escuelas primarias. Se preocupó en la enseñanza de los adultos, decretando la creación de bibliotecas escolares en todos los Ayuntamientos, promoviendo en París la institución de lecturas públicas y haciendo componer manuales, catecismos políticos y libros de instrucción moral para el uso del pueblo. Considerando la instrucción primaria como base de una sociedad democrática, ya que no pudo mejorar inmediatamente la condición económica de los maestros de escuela, realzó su condición moral, transformándolos en funcionarios del Estado, invitándoles á ilustrar á los campesinos acerca de sus deberes cívicos y autorizándoles á representar á sus conciudadanos en la futura asamblea. «Un bravo campesino, decía á los maestros en su circular del seis de Marzo, con buen sentido y experiencia, representará en la Asamblea los intereses de su condición mejor que un ciudadano rico y letrado, extraño á la vida y á los intereses de los campos».

Motivo de sorpresa fué que el clero de Francia, desde los varones moderados, como el arzobispo de París, ó los dados por su ardor generoso á dejarse llevar de las brillantes novedades, como Lacordaire, hasta los que habían sido y volverían á ser jefes del ultramontanismo más intransigente, se adhirieron con fervor á la Revolución de Febrero. *El Universo*, diario de Veuillot, violento entre los violentos, renegaba de la monarquía y declaraba «que no había mejores ni más sinceros republicanos que los católicos franceses, y que los principios sociales que acababan de triunfar eran los que la Iglesia católica inculcaba hacia diez y ocho siglos en los oídos de los pueblos y de los reyes». Los árboles de la libertad que se plantaban en todas partes, acudía presuroso el clero á bendecirlos, comparándolos con el sacrosanto árbol de la cruz. A la vista de este movimiento, sincero al parecer, Carnot y sus amigos concibieron la esperanza de transformar, mediante la inamovilidad y la restauración del principio electivo en la jerarquía eclesiástica, al clero parroquial en aliado de la República, de conciliar al maestro de escuela con el cura, al clero con la universidad. Con este mismo fin, otorgó á las Congregaciones religiosas la libertad de enseñar como asociaciones libres, no como corporaciones investidas de los derechos de la persona civil, y con la condición de que «no estuviesen organizadas fuera de las reglas que constituyeron en todos tiempos la base del derecho civil francés, ni tuviesen por fundamento votos contrarios al espíritu y á la letra de las leyes».

En esta empresa de conciliar al clero católico con la revolución, Carnot fué un inocente y fracasó. Por su tradición y por sus fundamentales principios, el clero no puede